



¡Salud, María!

Rosa

Con estas líneas no quiero expresar un pensamiento sobre María ahora que ya no está aquí. No tiene sentido hablar de ella de esa manera. Tal vez habría que recordarla al través del camino que ella seguía apasionadamente.

Estas líneas pretenden ser una reflexión al estilo de las que compartimos con María. Y, tal vez, la que más interesaba y preocupaba a ella.

Es decir, el vivir en libertad, el ser anarquista.

Durante los últimos años, la sociedad se ha visto en un proceso rapidísimo de «vuelta atrás»: ha faltado solidez en los cambios que hubiesen permitido una vida en la que el Estado hubiera sido puesto en evidencia como prescindible.

El consumismo, como una suerte de analgésico, se ha convertido en un pulpo que no deja un solo espacio libre. María decía: «Estamos rodeados.» Ahora el riesgo de volver a una sociedad más rígida, con un Estado más represivo, es cada vez más patente.

María, que conoció demasiado bien la garra de una dictadura, desde la cárcel y desde la clandestinidad, estaba atenta a los indicios de que aquel proceso avanza.

De ahí la urgencia de la conciencia, de la reflexión constante y profun-

*para María,
como “persona
ideológica”, vivir
en la anarquía
suponía una
experiencia
como la del mítico
viaje a Ítaca*

da, de compartir los puntos de vista en función de una mayor objetividad. Y ello, naturalmente, desde la anarquía, como una forma de vida. Con todos los sentidos puestos en discernir la realidad y en formarse dentro de la libertad.

Su forma de ver y de vivir el anarquismo suponía una entera dedicación, sin menoscabo de tiempo o de esfuerzo. Esta actitud la llevó incluso a enfrentarse a quienes incluyen la anarquía en una agenda, dedicándole un par de horas de vez en cuando.

A estos «anarquistas de agenda» María oponía, si bien con finura, las que ellas llamaba «per-

sonas ideológicas». Es decir, aquellas personas que desde su convicción no desperdician momento alguno para formarse o para analizar la realidad, que no dejan pasar ocasión alguna para definir su posición, desde las cosas consideradas triviales hasta las situaciones sociales de envergadura. Personas que viven la anarquía, con la mayor seriedad y sin ambivalencias, haciendo uso permanente de la autocrítica y la reflexión.

Es así que, para María, como «persona ideológica», vivir en la anarquía suponía una experiencia como la del mítico viaje a Ítaca. O sea, una vida en la que se actúa a sabiendas de que no se verá «el triunfo de la revolución», pero que tampoco apunta a la gloria en muerte. Vivir como anarquista cada día, a cada paso, sin treguas ni autoengaño.

Finalmente, María echaba en falta en la sociedad el interés auténtico por entender y actuar cuando decía: «Anarquistas formados hay pocos.» Su crítica, de valor inestimable para todos nosotros, tendríamos que asumirla, en franqueza, como una línea de autocrítica. Los tiempos que corren no nos van a permitir la indefinición ni la vacilación.